

sitios, y cómo no en nuestro país, un crecimiento considerable de la corrupción de los más diferentes tipos y muestras.

Pues bien, las dos cuestiones ideológicas capitales a partir de 1982 —la discrepancia entre la política socialdemócrata que se formula y la liberal que se practica, por un lado, y la defensa contundente de la democracia en el discurso y su eliminación sistemática en la práctica, por otro— no aparecen, o sólo muy de refilón, en el análisis de Santesmases. Ignoro por qué ha dejado fuera de este libro el tema cen-

tral del conflicto partido/sindicato, que algo nos hubiera iluminado sobre una práctica liberal y el recurso ideológico a una socialdemocracia destañada, y sobre todo, siempre me ha llamado la atención lo poco que Santesmases ha escrito sobre el encogimiento continuo de la democracia, tanto en el partido como en la sociedad, sin hincar el diente a los temas al rojo de la expansión de la corrupción, la militarización de la política de seguridad, o el recurso al terrorismo de Estado en la lucha contra el terrorismo de ETA.

RESPUESTA A MIS CRÍTICOS

Antonio García-Santesmases

UNED, Madrid

Quisiera, en primer lugar, agradecer el interés que han mostrado tanto Santos Juliá como Ignacio Sotelo por ocuparse de mi obra y poder así propiciar un debate. Coincido con Ignacio Sotelo en que ninguno de los dos textos es una reseña al uso y que los dos tratan de ir al fondo del asunto. La claridad y la contundencia con la que se expresan es de agradecer. Esa claridad y esa contundencia me exime de cualquier tipo de reticencia a la hora, como dice Sotelo, de afilar la espada. Comenzaré esta réplica con la crítica de Santos Juliá.

Réplica a Santos Juliá

Santos Juliá plantea muchas cuestiones de interés; entre todas ellas he seleccionado las siguientes: asistimos a una crisis del socialismo en su versión socialdemócrata, en su versión estalinista y en los intentos

de construir una tercera vía alternativa a las dos anteriores. Esa crisis no es semejante en los tres casos pero los tres coinciden en que ha sido imposible llevar a la práctica los contenidos del programa ideal. ¿Cuál es la razón de esa imposibilidad?, ¿la falta de coraje de los dirigentes? Si el ideal se ha frustrado en tantas ocasiones, ¿qué queda del ideal socialista? Los ideales, afirma S. Juliá, necesitan una referencia empírica, si no es así se cae en afirmaciones puramente moralizantes, en expresión de buenos deseos. Toda esa «moralina», sin embargo, no ayuda al análisis político que debe comparar experiencias reales ni es útil para la acción.

Comencemos con el tema del ideal. Santos Juliá afirma: «No extrañará pues, que incluso después de la caída, y cuando no faltan voces que proclaman el fin puro y simple de todo socialismo, queden todavía socialistas convencidos de que una ya

abundante experiencia histórica no afecta a la sustancia misma de su ideal precisamente porque su ideal no se ha realizado. Antonio García-Santesmases es uno de esos socialistas, es decir, alguien que por rechazar como no socialistas todas las experiencias históricas, prácticas, de socialismo sea en su vertiente socialdemócrata sea en la del llamado socialismo real, sigue firmemente convencido de que existe en el horizonte al menos un modelo de sociedad alternativo al capitalismo».

Debo decir que cuando leí esta crítica de Santos Juliá me quedé perplejo porque todo el capítulo VII, «La caída del comunismo y el futuro del socialismo», parte justamente del supuesto, incontestable por lo demás, de la devaluación del ideal socialista para muchos millones de personas tras la experiencia del denominado «socialismo real». Naturalmente que pienso que ese ideal ha sido puesto en cuestión por estos acontecimientos y que los ideales no pueden sobrevivir como puras invocaciones morales sin ninguna referencia empírica. Porque pienso ambas cosas en el artículo que da título a esta obra *Repensar la izquierda* recuerdo las críticas de Kautsky, de R. Luxemburgo, de L. Trotsky a la degeneración burocrática de los países del este, para subrayar las palabras de Trotsky: el verdadero tránsito al socialismo no puede dejar de presentarse incomparablemente más complicado, heterogéneo y contradictorio de lo que fue previsto en el esquema histórico general (p. 301). Lo que ocurre es que lo que no estoy dispuesto a admitir es que el marxismo-leninismo sea equivalente a todo marxismo e implique el fin del socialismo. Si «jugar limpio» es afirmar como Sartori: «la disolución del comunismo» nos deja frente a un vencedor absoluto: la democracia liberal. Es importante subrayar que el vencedor es la democracia liberal porque durante medio siglo se nos ha-

bía contado que existían dos democracias: la formal y la real, la capitalista y la comunista. Esta “alternativa inexistente” ha tenido que estallarnos entre las manos para que se reconociera su inexistencia. Pero en este momento la falacia está bien a la vista y todos pueden percibirla. La democracia ha vencido y la democracia que ha vencido es la única democracia “real” que se haya realizado jamás sobre la tierra: la democracia liberal.¹ Si esto es «jugar limpio», si eso es lo que significa cotejar lo real con lo real y desarrollar un análisis lúcido basado en comparar las experiencias reales, me va a permitir Santos Juliá que discrepe radicalmente. Naturalmente que la izquierda tiene que dar una explicación a la calamitosa experiencia del comunismo, pero no una explicación que afirme que el «socialismo real» es la más genuina aplicación del esquema marxiano, que el Gulag ya estaba en la cabeza de Marx o que el único socialismo que debemos considerar es el realizado en los países del Este. Aceptar esa «lucidez» sería caer en una auténtica trampa. La trampa a la que hoy nos invita Fukuyama o Juan Pablo II. Por eso digo en el libro hablando de la *Centesimus annus*: «El primer punto que asombra al lector es la absoluta analogía que se establece entre el marxismo-leninismo, el marxismo y el socialismo. En ningún momento de la encíclica se dice una palabra que permita diferenciar el “socialismo democrático” del “socialismo real” ni a los marxismos del marxismo-leninismo. Esta identificación entre socialismo y totalitarismo político permite situar el debate entre dos polos: comunismo y capitalismo» (p. 292).

Esta identificación es la que realiza Sartori, la que promueve Juan Pablo II y la apoya Santos Juliá al decir que todo lo que no sea comprar experiencias reales es pura especulación, como si todos los críticos del estalinismo por la izquierda fueran

entes de ficción. Sinceramente no me parece nada riguroso plantear la cuestión en estos términos, al igual que me parece increíble que el traductor español del libro de Miliband *Marxismo y política* plantee que el «socialismo democrático», la «tercera vía» es algo así como «[...] tomar de la socialdemocracia su respeto por las instituciones democráticas y del socialismo real su superación del capitalismo, para con la mezcla alumbrar un nuevo modelo de sociedad». Si es eso lo que todos los defensores del «reformismo revolucionario» han planteado que venga Dios y lo vea. Al igual que si lo que los marxistas tienen que aprender es que los «modelos de sociedad» nunca son producto de las voluntades emancipatorias de ciertas vanguardias históricas, no se necesita sino que el traductor de Miliband vuelva a leer la obra que tradujo hace quince años para que descubra que esa lección ya estaba aprendida entonces.

Más interés me parece que tiene la pregunta de Santos Juliá acerca de las diferencias entre el socialismo democrático y la socialdemocracia, y acerca de la responsabilidad de los dirigentes en el fracaso de los ideales. En relación a lo segundo debo aclararle a Santos Juliá que nunca he pensado que el partido socialista pudiera realizar desde el gobierno una política acorde con las resoluciones de 1976 sencilla y llanamente porque una y otra vez insisto en que el abandono de aquella «acumulación ideológica» fue una de las causas que motivaron la victoria electoral. Cuestión distinta son las consecuencias para cualquier partido de izquierda de producir un abandono de su identidad de cara a obtener una victoria electoral (de este punto, no obstante, volveré a hablar más adelante al referirme a la crítica de Sotelo). En el libro creo que está claro que el socialismo español había decidido, antes de llegar al gobierno, olvidar el pro-

grama del 76. No es este el caso del «socialismo francés», que sí intentó aplicar un programa intermedio entre la «ruptura con el capitalismo» y el «neoliberalismo». Me parece que el lector podrá observar en mi libro que no creo que ese fiasco se deba a la «traición de los dirigentes», sino a la dificultad cada vez mayor de realizar una política reformista en el marco de un solo país y por tanto a la necesidad de elaborar una estrategia de tipo internacjonalista (especialmente en las páginas 245 a 251 al hablar del socialismo francés).

Me pregunta Santos Juliá en qué se diferencia el socialismo democrático de la socialdemocracia, si el socialismo democrático quiere ser algo más que un ideal sin ninguna referencia empírica. Para animarme a buscar mediaciones cita a Habermas. No sé si es el autor más indicado pero ya que sé de qué se trata diré que, en el artículo citado por Santos Juliá, Habermas plantea que no se pueden subestimar (como han hecho sectores de la izquierda radical) los éxitos cosechados por el Estado social, pero añade: «No es el estado social el que se ha revelado como una ilusión, sino la expectativa de poder poner en marcha con medios administrativos formas emancipadas de vida [...] Así la socialdemocracia paga por sus éxitos un doble precio. Renuncia a la democracia radical y aprende a vivir con las consecuencias normativamente no deseadas del crecimiento capitalista, también con aquellos riesgos que la propia estructura del sistema hace pesar sobre el mercado de trabajo, los cuales pueden aliviarse en términos de política social, pero en ningún caso eliminarse. Este precio ha mantenido viva en Europa occidental a una izquierda no comunista, a la izquierda de la socialdemocracia. Se presenta en múltiples variantes y mantiene despierto el recuerdo de que con "socialismo" se quiso decir antaño bastante más que una política so-

cial del estado». ² No me quiero comparar a Habermas pero no creo que ese texto sea muy distinto a lo que afirmo en la página 303: «Dentro del socialismo el gran debate se va a establecer entre los que reducen el socialismo a la consolidación de un Estado de bienestar y los que apuestan por una superación democrática del capitalismo. Unos y otros van a estar unidos en la defensa del Estado social frente al neoliberalismo económico pero van a discrepar en temas como la extensión de la democracia al ámbito económico, el reforzamiento del poder sindical y la construcción de un nuevo internacionalismo. Para muchos socialistas el socialismo liberal no va más allá del liberalismo social, mientras que para otros socialismo sigue siendo, como para Kautsky no sólo organización social de la producción, sino también organización democrática de la sociedad».

En la obra que cita Santos Juliá hay un artículo de E. Hobsbawm, «Fuera de las cenizas», donde señala que hay tres consecuencias del desarrollo capitalista mundial que ayudan a definir la agenda socialista del siglo XXI. Esas tres consecuencias son: la ecología, el problema Norte-Sur y el vacío moral que provoca la subordinación del hombre a la economía. Si se repasan todos los artículos que aparecen en el capítulo V acerca del socialismo de los ochenta se observará el intento que realizo de plantear las posibilidades de construir un nuevo internacionalismo y de conectar a la izquierda institucional con la izquierda social. Mi sorpresa ha sido enorme cuando veo que Santos Juliá me reprocha no plantear un referente empírico para los ideales que defiende. En la página 220 el lector puede observar, sin embargo, que afirmo al hablar del Manifiesto programa 2000: «Si el manifiesto pretende diseñar una estrategia, tiene que definir el sujeto de la misma, ese sujeto

no lo constituyen únicamente los partidos socialistas, sino que es mucho más plural. Para hacer realidad una Europa inspirada en los valores del socialismo democrático, es imprescindible completar la tarea de los partidos socialdemócratas con la acción de los sindicatos y de los nuevos movimientos sociales. Si antes veíamos que un internacionalismo real y no retórico pasa por realizar una revisión crítica de un socialismo supeditado al atlantismo y al militarismo internacional, ahora es imprescindible recordar que una socialdemocracia sin sindicatos conduce al electoralismo, a la desideologización y que un socialismo gubernamental sin la savia de la izquierda social nunca hará realidad los valores del ecopacifismo».

En fin, para terminar con mi primer crítico diré que ni pienso que el análisis político se pueda basar únicamente en subrayar los elementos de tipo ideológico ni creo que los ideales se puedan sostener sin ninguna referencia empírica. La clave ideológica no es la única pero sí es imprescindible si uno quiere plantearse que más allá de los retos del presente (llámense racismo, fundamentalismo, paro estructural, desorden internacional) no tiene que saber qué queda del socialismo. Tiene que saberlo si quiere poseer y transmitir algún tipo de identidad en la vorágine de la vida política. En ese sentido sí tiene razón Sotelo en que considero que somos herederos responsables de una tradición. Pero somos herederos no para reconfortarnos volviendo a los orígenes sino para incitar a la acción. En este sentido la afirmación de Santos Juliá de que los trabajos que recojo en esta obra son inútiles para la acción ya que con ellos no se puede aglutinar esfuerzos de cara a la realización de un programa político, es como toda afirmación respetable y sólo puedo decir que son los lectores los que juzgarán si sus dudas sobre el socialismo y sobre el qué

hacer han quedado despejadas o han aumentado. Probablemente ocurrirán las dos cosas, pero lo que sí le puedo asegurar a Santos Juliá es que muchos de estos escritos nacen de acciones muy concretas donde, eso sí, nunca he considerado que los supuestos morales sean puramente «buenos deseos» que en nada ayudan a la acción. Santos Juliá hace algunos años abominaba de la estrategia de los profesores de ética: «[...] que ha consistido en hablar como si la realidad del poder careciese de materialidad, como si se tratase de una representación y en sustituir luego el análisis de lo concreto-histórico-material por una invocación a los valores morales. Erigidos en poseedores de la razón y maestros de la ética están en condiciones de dominar la historia y administrar consejos para su mejor conducta». Coincido con Santos Juliá en que sería peligroso invocar los valores morales sin analizar lo concreto-histórico-material, coincido igualmente en que «[...] no puede surgir una verdadera discusión política si no se analizan en público los determinantes materiales, históricos de una decisión y los escenarios de sus posibles efectos».³ El problema consiste en que no sé si entendemos lo mismo por concreto-histórico-material. Concretos, históricos y materiales son los partidos, los sindicatos, los movimientos sociales y no sólo el Estado-nación y el desarrollo del capitalismo. Uno puede pensar como Sartori que la «democracia liberal es el vencedor» y que los conflictos que se presentan son sólo «[...] las perturbaciones que merman imperativos sistémicos relativos a la autoestabilización de la economía y de la administración», si esta tendencia, como señala Habermas, se impone, entonces: «las cuestiones políticas y jurídicas quedan privadas de su sustancia normativa. Esta lucha por la desmoralización de los conflictos políticos está en plena efervescen-

cia». Y, sin embargo, como concluye Habermas: «[...] los grandes problemas con que hoy se ven conformadas las sociedades desarrolladas, difícilmente puede considerarse sean de los que pueden resolverse sin una percepción normativamente sensibilizada y sin moralización de los temas públicos».⁴

Si en algo he podido contribuir a esa discusión ético-política estaré satisfecho por más que Santos Juliá repudie las afirmaciones moralizantes. Para mí, siguiendo en este punto a Rafael Sánchez Ferlosio, esa defensa de la realidad y esa crítica a los «buenos deseos», esa idea de que hay que ajustarse a los hechos conlleva siempre deslealmente esbozado el mensaje sublimar de que hay que doblegarse al más fuerte. Algo de esto digo en la página 188 al hablar de la diferencia entre ceder y claudicar y al hacer un análisis del pragmatismo. Sólo concluiré esta primera réplica diciendo con palabras de Ferlosio que: «las hoscas y cerradas amonestaciones sobre la testarudez de los hechos, la irreversibilidad de los procesos, lo inmovible de la realidad, reiterativas hasta lo fastidioso, se me van antojando cada vez más sospechosas de constituir realmente, bajo el siempre tan prestigioso barnizado de la racionalidad y la objetividad, el caballo de troya con que la fuerza y el poder intentan expurgar los últimos reductos de la ciudadela del espíritu».⁵

Réplica a Sotelo

Debo, en primer lugar, agradecer a Ignacio Sotelo que haya afilado la espada sabiendo que tenía derecho de réplica y debo también agradecerle la paciencia que ha tenido y el interés que ha demostrado en leer concienzudamente mi libro. Bien es cierto que el autor siempre piensa que nunca se lee con la misma intensidad todas las páginas y puede llegar a pensar

que, por lo que Sotelo escribe, su meritorio esfuerzo ha concluido por la página 188, es decir, por los artículos referidos al referéndum sobre la OTAN. Pienso que muchas de las interrogantes que me plantea y de las críticas que me realiza hubieran podido aclararse si la paciencia del crítico hubiera sido un poco mayor y hubiera podido analizar con el mismo cuidado el resto del volumen.

Es cierto que Sotelo y yo llevamos discutiendo muchos años y que el lector de esta revista que quiera conocer mi punto de vista acerca de las posiciones de Sotelo puede acercarse a las páginas 367 a 377 donde analizo la obra de mi gran amigo Ignacio Sotelo. Le agradezco a Sotelo que considere que si este libro tratase únicamente de ayudar a los futuros historiadores a desentrañar el cambio ideológico producido en el PSOE tendría el éxito garantizado, al igual que agradezco que Santos Juliá piense que en este punto el análisis efectuado es invulnerable.

Sotelo me sitúa en la generación del 68 por el esfuerzo que realizo «todavía» (las comillas son mías) por vincular teoría y praxis. La verdad es que en muchos puntos me considero cercano a esa generación y que considero que muchas de sus aportaciones (como aparece en el trabajo «Del reformismo fuerte a la resistencia activa») son imprescindibles para entender la aparición de los nuevos movimientos sociales. Sin embargo, el primer capítulo del libro y el trabajo sobre Tierno Galván muestran que me considero marcado por otros acontecimientos que son propios del 68. Para algunos (como reflejo al hablar de Fernando Claudín) Moscú fue una patria decisiva, una realidad inconstatable de que los hechos estaban claros y las ideas tenían una fuerza indomable. No es este mi caso, no habiendo sido nunca estalinista quedé marcado por los acontecimientos de la Unidad popular en

Chile y por el golpe militar de Pinochet. Y quedé marcado no porque yo estuviera entonces en Chile (tenía a la sazón 19 años y estaba estudiando en la universidad) sino porque, como explico en el artículo dedicado a Tierno Galván, los hechos de Chile nos marcaron a todos decisivamente. Cuando hablo pues de «reformismo revolucionario» no estoy pensando ni en el movimiento estudiantil del 68 ni en las proclamas estalinistas acerca del «socialismo real», sino en el esfuerzo de Salvador Allende por transitar democráticamente desde la sociedad capitalista a la sociedad socialista, y naturalmente estoy pensando en la actuación del imperialismo americano, de las fuerzas armadas, del diario *El Mercurio*, de la Democracia Cristiana, en el papel de las clases medias... Estoy pensando, pues, en un marco de polarización política, de lucha ideológica, de politización del conjunto de la sociedad y de un combate que atraviesa los aparatos del estado. Y estoy pensando en la contradicción entre democracia y dominación de la burguesía a la que me he referido en mi obra *Marxismo y Estado* que Ignacio Sotelo tuvo la amabilidad de prologar.

En esa obra también me distancio críticamente de todas las teorías defensoras de una «extinción del estado» o de lo que Kolakowsky denominó «mito de la auto-identidad», y me interrogo con Bobbio acerca de si la democracia representativa tiene alternativa. Remito al lector interesado a ese libro para aclarar muchas de las cosas que por falta de espacio no puedo tratar aquí.

En lo que sí coincido con Sotelo, sea o no un representante de la generación del 68, es en el esfuerzo por no desvincular teoría y praxis y por considerar que hay que heredar responsablemente una tradición. Sé que otros amigos consideran que todas las tradiciones políticas están hoy

devaluadas y que más que «herederos» somos «náufragos» (Francisco José Martínez, que pertenece al consejo de redacción de esta revista, podría decir mucho sobre este tema). Esa opción por heredar una tradición la tenía hace más de quince años porque pensaba que para tener incidencia política, no el único, pero sí uno de los grandes debates de la izquierda, se iba a producir dentro de los partidos socialistas entre aquellos que apuestan por una reconversión «liberal» de los mismos y los que postulan un socialismo de izquierda. No pensé que se pudiera tener incidencia desde una pequeña secta allende los grandes partidos ni que hubiera que subirse al carro del vencedor y pasar del marxismo revolucionario al liberalismo capitalista.

En ese combate he valorado siempre la fuerza con la que Ignacio Sotelo ha defendido una posición socialdemócrata frente a marxistas y liberales, y especialmente la agudeza y la pasión que ha desarrollado para defender temas importantes como son, para mí, la democracia interna dentro de los partidos políticos y la convergencia estratégica entre partido y sindicato dentro de un proyecto socialista. El lector podrá constatar por las páginas que dedico a Sotelo que, sin embargo, no he coincidido nunca con el apoyo que prestó a Felipe González en 1979 al acceder a la comisión ejecutiva del PSOE, tras la crisis del XXVIII congreso, ni tampoco he apoyado su posición en el tema de la OTAN. Sotelo, como definía con acierto un amigo común, ha sido especialista en ser *fortiter in modo, suaviter in re*. Ha sido un defensor audaz de las libertades, de las garantías constitucionales, de la legalidad, del Estado de derecho, un adalid contra la corrupción y todo ello es muy importante y digno de elogio, pero cuando se ha puesto las gafas de profesor de Berlín y ha tenido que hacer balance ha emitido

juicios que no puedo compartir. Recientemente Ignacio Sotelo escribía: «Esta magnífica capacidad de adaptación se refleja en la rapidísima transformación ideológica del líder en esta primera etapa de ascensión al poder. Felipe González, en muy poco tiempo pasa de la mentalidad y del comportamiento del apóstol decimonónico de la clandestinidad que recorre España con la buena nueva de una revolución proletaria que acabe con el capitalismo explotador, sin caer por ello en la dictadura colectivista de los países del este, a los hábitos del líder occidental, convencido de que no hay alternativa factible al capitalismo y que, por tanto sólo se puede avanzar con una política de reformas moderadas, realizadas con suma prudencia y proyectadas a largo plazo».⁶ Esta «perla» tenemos que unirla a esta otra: «Tanto desde la derecha que se ha sentido desplazada por ocupación de un territorio que considera propio —la defensa de la “economía de mercado”— como desde una izquierda fiel a sus principios pero cada vez más minoritaria y testimonial se ha ido criticando la facilidad con la que Felipe González se ha ido adaptando a las circunstancias cambiantes. Lo que desde la seguridad de los principios pudiera parecer oportunismo, en un mundo en que se han derrumbado tantas certezas en tan corto lapso de tiempo, puede interpretarse también como un rasgo positivo de su personalidad: una capacidad excepcional de ir acoplándose a los acontecimientos. No en vano un axioma excepcional de la moderna sociedad industrial es que sólo prevalecen aquellos que sea cual fuere el ámbito de su actuación —empresarios, políticos, científicos— son capaces de ir acomodándose a realidades en rápido cambio».⁷

Si el lector tiene interés en acercarse a mi libro comprobará que no puedo avalar la afirmación de que el discurso del socia-

lismo del sur de Europa en los setenta fuera equivalente al de los profetas decimonónicos que iban predicando la revolución proletaria, ni puedo tampoco asumir la idea de que esa adaptación a las circunstancias sea sinónimo de buen hacer político. Porque, entre otras cosas, siempre cabe preguntar ¿de qué política? A Sotelo le parece inconcebible que todavía hoy se pueda poner en duda que el objetivo de arrojar el caudal ideológico del PSOE y luchar por acceder al gobierno era el único que permite tomar en serio a un partido político y no confundirlo con un club para debatir ideas. Considera que cualquier reparo a esa pretensión es fruto de una mentalidad anacrónica y desfasada. ¿Era falsa la meta de conquistar el gobierno lo antes posible? De nuevo aquí no hay más remedio que preguntar que depende de para qué. Si se trataba de consolidar la democracia, de producir una integración en Europa, de avanzar en la modernización, fue indudablemente acertada. Si se trataba de ir conquistando lentamente una hegemonía ideológica, que era una condición necesaria aunque no suficiente, para producir un cambio en profundidad, ese acceso se saldó a un precio que todavía estamos pagando. Al menos los que formamos parte de eso que Sotelo denomina izquierda testimonial y minoritaria.

Una izquierda que por lo demás, no tiene por qué situarse únicamente en el campo del marxismo revolucionario. Pienso que la excitación de Sotelo al ver reproducidos lo que considera mis «errores» una vez más, a pesar de los años pasados, le ha hecho interrumpir la lectura de mi obra en torno a la página 188. No entiendo sino cómo puede centrarse en la crítica a la «orgía ideológica» del XXVII Congreso y plantear que todo el libro está centrado en la dialéctica capitalismo-anticapitalismo sin conceder ninguna posibilidad a la socialdemocracia. Si la paciencia

de Sotelo hubiera sido mayor y hubiera penetrado en los capítulos V, VI y VII, los dedicados al socialismo de los años ochenta, a la guerra del Golfo y a la caída del comunismo, se hubiera percatado de que tal como yo planteo la cuestión ésta es mucho más compleja que la dialéctica capitalismo-anticapitalismo. Se hubieran evitado también frases del siguiente tenor: «[...] en la cultura de la izquierda todavía pervive el prejuicio comunista de que la socialdemocracia, en vez de romper con el capitalismo, no hace más que repararlo para que pueda sobrevivir y que, en este sentido, es fundamentalmente reaccionaria. En la izquierda marxista y revolucionaria, por enclenque y cadauca que se haya quedado, todavía reside un último residuo de la identificación estalinista de la socialdemocracia con el socialfascismo».

Cualquiera que lea esos dos capítulos verá que no se habla de nada de eso. Se considera, por el contrario, que al socialismo democrático, tras la crisis terminal del movimiento comunista, le cae la enorme responsabilidad de plantear un futuro para la izquierda. Un futuro donde unos identifican socialdemocracia con liberalismo social y otros no pueden proceder a la tarea de repensar la izquierda sin atender al menos a los cuatro puntos que señalaba anteriormente al comentar el trabajo de Santos Juliá: el error de la socialdemocracia es confundir socialismo con Estado social. Sus límites: la ausencia de un auténtico internacionalismo que plantee el problema Norte-Sur, la carencia de una política ecológicamente orientada, y la inexistencia de una teoría moral a la altura de los nuevos tiempos.

No entiendo, a decir verdad, por qué Sotelo, viviendo en Alemania, no se ha centrado en las críticas que los nuevos movimientos sociales han hecho de todos estos temas en orden a construir una nueva cultura política. De todo eso es de lo

que se habla en esos capítulos intentando mostrar la viabilidad del análisis de Offe a la situación española y mostrando que así como los conflictos planteados por los sindicatos, por su carácter distributivo tienen que ver con el «viejo paradigma», las reivindicaciones del movimiento por la paz se acercan más a lo que Offe denomina «nuevo paradigma».

En este sentido me sorprende que un conflicto como el de la guerra del Golfo, que ha suscitado una absoluta división en el campo de la izquierda europea entre los partidos que gobernaban y los que estaban en la oposición, y que ha propiciado posiciones beligerantemente militaristas en personas como Semprún y claramente pacifistas en líderes como Lafontaine, no haya merecido el menor comentario de Sotelo. A este tema, sin embargo, dedico todo un capítulo del libro.

La política keynesiana de pleno empleo, el Estado del bienestar, la economía mixta y el consenso partido/sindicato son muy importantes en el consenso social de posguerra, y muchas de esas conquistas se deben al esfuerzo de los socialdemócratas. Nunca he tenido a éstos por socialfascistas ni nada por el estilo, pero ello no me ha impedido comprender que tiene razón Harrington al afirmar que: «las demandas del nuevo socialismo serán internaciona- listas o el nuevo socialismo fracasará [...] esto significa que no puede haber “socialismo en un solo país” en un momento en que las estructuras económicas y sociales del mundo se internacionalizan cada vez más. Paul Henri Spaak, el socialista belga, una vez hizo el comentario amargo de que la única cosa que los socialistas habían nacionalizado alguna vez era el propio socialismo. Si este juicio se mantiene en el siglo XXI entonces el socialismo estará acabado y merecerá estarlo».⁸ El ideal socialdemócrata ha sido internaciona- lista por mucho que ese principio haya

sido violado. ¿Se debe seguir manteniendo ese principio? Si es así yo no me lanzaría, como hace Sotelo, a ridiculizar las posiciones contrarias a la permanencia de España en la OTAN afirmando que tan «desquiciada política» sólo pretendía un país aislado en el que a modo de ínsula barataria cupiera realizar los sueños inviables de una izquierda dogmática. Yo sería mucho más prudente y pensaría que, como ha señalado Lafontaine: «La tensión dialéctica creadora entre política real y protesta, entre poder estatal y movimiento social, tampoco debe quebrarse allí donde se gobierna en nombre de la idea socialista. Sé que es más fácil decirlo que hacerlo. Pero esa es la condición previa para que los gobiernos socialistas no se conviertan en meros episodios» (p. 269).

Este tema, por lo demás, afecta a todo el socialismo europeo. El movimiento por la paz español defendía una política de neutralidad activa, el laborismo británico apoyaba el desarme unilateral, la socialdemocracia alemana se pronunciaba contra el despliegue de los euromisiles. Tras la caída del comunismo los conservadores han interpretado que la «doble decisión de la OTAN» y la firmeza de la política de la era Reagan-Thatcher ha sido la causa decisiva de la victoria de la democracia liberal. Han llegado tan lejos que acusan a la propia socialdemocracia alemana de haber apoyado a las dictaduras de los países del Este por haber propiciado la política de distensión de Brandt. Frente a esta política derechista que trata de presentar la política de distensión como una concesión al totalitarismo ha señalado P. Glotz: «Por encima de todo la motivación para los estrechos contactos con los líderes comunistas de los partidos del bloque del Este, se derivaba de algo absolutamente imperioso. El sobrearmamento creaba el peligro de una destrucción nuclear en Eu-

ropa a la vez que arruinaba la economía nacional de numerosos Estados europeos incluso en el supuesto de que no se disparara un misil. ¿Cómo puede ser que a pesar de ello muchos socialdemócratas hablen de la Östpolitik en un tono como de disculpa y que buen número de prestigiosos intelectuales de la izquierda no comunista (a la izquierda del SPD) considere a las negociaciones con los comunistas sobre el desarme como algo parecido a las negociaciones del mariscal Pétain con Adolf Hitler? Si la izquierda alemana no se muestra más ofensiva en su defensa de la Östpolitik, los historiadores de los tiempos venideros presentarán esa política como una concesión al totalitarismo».⁹

Al leer el comentario de Sotelo y la ridiculización que hace del debate español sobre la OTAN he recordado estas palabras de Glotz para decir que o la izquierda social que se manifestó en este país contra la OTAN afila su espada o, al final, los historiadores presentarán todo aquel debate como fruto de la obcecación de cuatro locos desquiciados. Y, sin embargo, como señalo en el artículo «Premisas y consecuencias» (pp. 253-258) es en esas decisiones donde están las premisas de la participación posterior en la ignominiosa guerra del Golfo. Sinceramente no sé si el acoplarse a las circunstancias es la única manera de prevalecer, pero si para prevalecer y para ser «buen político» hay que saber acoplarse a los vientos que soplaban de la administración Bush y ofrecer un apoyo «sólido como una roca» a la masacre propiciada en el Golfo Pérsico preferiré siempre ser minoritario y testimonial. No creo que tenga esa seguridad que me achaca Sotelo pero algún respeto a los principios sí tengo para no avalar ese tipo de políticas.

Para terminar diré que no sé cómo Sotelo puede decir que no me refiero al problema ideológico entre partido y sindicato

cuando todo el capítulo V y el capítulo VII están dedicados a argumentar qué se debe entender por proyecto socialista y cuáles deben ser los apoyos estratégicos fundamentales para el socialismo democrático. Es cierto que no he querido incluir en este volumen artículos más coyunturales sobre este tema, pero remito al lector a las páginas 323-333 para desmentir tal aserto.

Los temas acerca de la evolución de las formas organizativas y los problemas de la democracia interna he preferido dejarlos para otro volumen.

En fin, ya para terminar, creo que Ignacio, que tanto me reprocha señalar la línea correcta, ha querido con su comentario situarse en el «punto justo». En aquel que tienen los que no han sucumbido a los encantos del liberalismo ni siguen congelados en la izquierda anticapitalista, los coherentemente socialdemócratas. Sotelo es socialdemócrata pero me temo que para monopolizar el justo medio ha tenido que olvidar todas las críticas a la socialdemocracia que hacen los propios socialdemócratas. Es como si nos dijera a los socialistas españoles que al haber sucumbido unos al liberalismo y al haber quedado otros «congelados» en el anticapitalismo no sabéis lo que os habéis perdido. El punto débil de esa estrategia argumentativa es que como hoy las fronteras son muy permeables algo hemos leído los demás sobre Brandt, sobre Mitterrand, sobre Lafontaine, sobre Palme, sobre Dahrendorf o sobre Offe, todo lo cual aparece en estas páginas pero en unos capítulos a los que Sotelo me temo que ya no ha llegado. No por ello somos socialdemócratas, pero la crítica que efectuamos es un poco más compleja y espero que más consistente que lo que la dialéctica capitalismo-anticapitalismo puede reflejar.

Sotelo en este punto parece preso de una idea del socialismo vinculada al mar-

co nacional, pero en cuanto planteamos el socialismo desde una perspectiva internacional es evidente que la socialdemocracia no sufre únicamente una crisis de adaptación, de reformulación de las políticas de bienestar y de empleo en los países avanzados. La socialdemocracia se ha desarrollado únicamente en algunos países desarrollados. ¿Puede mantener hoy esas conquistas en un mercado capitalista internacional?, ¿cabe mantener el Estado del bienestar en el Norte y el hambre en el Sur?, ¿las migraciones desde el Sur y el dumping social y ecológico lo van a per-

mitir?, ¿estamos ante una crisis del Estado del bienestar o ante una crisis del capitalismo?, ¿estamos quizá ante las dos cosas?. Estas son algunas de las interrogantes que me planteo pero que creo que todo socialdemócrata se debe plantear. Y son interrogantes que se quiera o no vuelven a plantear la relación entre democracia y capitalismo.

Sólo me resta agradecer a ambos el interés que han mostrado por comentar mi obra que espero incentive y propicie la lectura de la misma. Un autor, no puede tener satisfacción mayor.

NOTAS

1. G. Sartori, *La democracia después del comunismo*, Madrid, Alianza, 1993, p. 16.

2. J. Habermas, «¿Qué significa hoy socialismo?», en Robin Blackburn (ed.), *Después de la caída*, Barcelona, Crítica, 1993, p. 64.

3. S. Juliá, «Ética y neutralidad», *El País* (12 de marzo de 1986).

4. J. Habermas, art. cit., p. 73.

5. R. Sánchez Ferlosio, *La homilla del ratón*, Madrid, Ediciones El País, 1986, p. 275.

6. I. Sotelo, «La impronta del felipismo», *Claves*, n.º 28 (diciembre de 1992).

7. *Ibíd.*

8. M. Harrington, *Socialismo: pasado y futuro*, Madrid, Sistema, 1992, p. 189.

9. P. Glotz, *La izquierda tras el triunfo de Occidente*, Valencia, Ed. Alfons el Magnànim, 1992, p. 42.